

THE HORUS HERESY®

*John French*

# PRETORIANO DE DORN

*De alfa a omega*



timunmas

THE HORUS HERESY®

PRETORIANO  
DE DORN

John French

timun**mas**

Título original: *Praetorian of Dorn*

Traducción: Traducciones imposibles, 2019

Praetorian of Dorn © Copyright Games Workshop Limited 2018.

Praetorian of Dorn, Pretoriano de Dorn, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo \* o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2018 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0630-6

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 9.173-2019

Impreso en España

*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## UNO

### *Nave de transporte del sistema Primigenia Accesos terranos exteriores*

- Acercad la nave al frente.
- Llegando al frente en este momento.
- Transmitiendo autorización.
- Autorización recibida.
- Mantened la estabilidad y preparaos para recibir al cuadro de pilotos.
- Manteniendo estabilidad.

El teniente Maecenas V Hon-II dejó que las voces que llenaban el puente lo envolviesen. Estaba sentado en el trono del segundo asistente de cubierta con los pies sobre el tablero de mandos de lapislázuli y bronce y los brazos cruzados sobre su arrugado uniforme azul y amarillo. Tenía los ojos cerrados, y la barbilla descansaba sobre el pecho.

Toda la tripulación de mando sabía que aquella era la postura más probable en la que iban a encontrarse a Maecenas cuando desempeñaba el papel de segundo asistente. No pensaban molestarlo, aunque habrían esposado, dado unos electroazotes y encerrado en el calabozo durante todo el trayecto de vuelta a Júpiter a cualquier otro al que hubiesen hallado durmiendo mientras estaba de guardia. Pero no a Maecenas; él formaba parte de la Consanguinidad. El resto de tripulantes estaba, en el mejor de los casos, atado por juramento o matrimonio. Eso significaba que Maecenas tenía derecho a hacer lo que quisiera. Al fin y al cabo, la nave le

pertenecía en un sentido prácticamente literal. Si su tío o su primo carnal hubiesen subido a bordo y le hubieran ordenado que quitase los pies del panel, él habría obedecido sin problema, pero las estaciones polares de las ciudades bajas estaban muy lejos de allí en la dirección opuesta, y no iban a acercarse más. Por eso la tripulación dejaba que durmiese durante su guardia. Después de todo, era mucho mejor que tenerlo despierto.

No obstante, sí estaba despierto. Siempre lo estaba.

Desde detrás de los párpados, Maecenas observó cómo la tripulación de mando se preparaba para el cuadro de pilotos. Todos habían hecho aquello tantas veces que la rutina extenuante había terminado por reemplazar a la indignación. Los iniciadores de sistemas comenzaron a apagar sus estaciones. Unos cables cromados serpenteaban desde sus cabezas rapadas hasta unos conductos en el suelo. Su piel era casi translúcida bajo el resplandor de sus instrumentos. Ojos grandes y negros observaban los cambios que experimentaban los valores de datos sobre numerosas pantallas, mientras las manos de dedos largos realizaban ajustes con precisión. Todos ellos eran jovianos, y la mayoría nunca había sentido la atracción que ejercía la superficie de un planeta ni había respirado aire no filtrado.

La *Primigenia* era una barcaza comercial joviana que medía algo más de cinco kilómetros de proa a popa. Había nacido en las ciudades bajas que se encontraban sobre el polo de Júpiter, y surcado los vacíos solares durante veintiocho generaciones. Sus motores y sistemas no provenían de Marte, sino de los secretos de los clanes del vacío que habían escapado de la oscuridad de la Vieja Noche. En otros tiempos había recorrido y saqueado el sistema entero hasta llegar a los mismísimos confines, además de comerciar con los señores de Terra. Ahora, era un eslabón más de una cadena de naves que operaba por los límites internos y externos del sistema. Cargada con suministros, atravesaba canales controlados de aquel espacio hasta atracar en una de las estaciones del Trono del Mundo situadas en el vacío exterior, donde descargaba su cargamento. Puede que Rogal Dorn hubiese bloqueado sus puertas, pero el apetito de Terra era insaciable. Así pues, *Primigenia* y sus hermanas se abrían paso desde Terra y también hacia ella una y otra vez, como mulas de carga ante las puertas de una ciudadela.

—Estamos en punto muerto. Nave de control atracando junto a nosotros —informó un miembro de la tripulación.

Maecenas vio que el capitán de la nave le lanzaba una mirada a la primera asistente y, luego, inclinaba la cabeza.

—Desplegar pasarelas de ataque —dijo la primera asistente Sur Nel Hon-XVII. Ella era la prima segunda por juramento de Maecenas, y él fingía despreciar tanto esa conexión como su rango. Ella, a su vez, lo odiaba. Eso era bueno. De ese modo, no sería capaz de percibir nada distinto en él.

—Cuadro de pilotos a bordo. Parece un equipo de inspección completo —murmuró Sur Nel mientras la información inundaba su visor.

El capitán de la nave lanzó un suspiro prolongado y sacudió la cabeza.

—Esto no será rápido.

—Nunca lo es —respondió Sur Nel.

Tras sus ojos cerrados, el teniente Maecenas V Hon-II comenzó a contar los segundos, uno tras otro.

### *Residuos tóxicos de Gobi* *Terra*

Avanzaron bajo la luz del amanecer mientras el tractor oruga se sacudía y el olor del compartimento de la tripulación empeoraba por momentos. Habían pasado dieciocho horas desde que habían abandonado el asentamiento, al borde de la meseta tóxica. Dieciocho horas en las que doce humanos sentados sudaban dentro de una caja metálica, mientras la noche transcurría sin ser vista.

La mayor parte de aquel contingente de carroñeros había iniciado el viaje con bromas e intentos de conversación, pero todo terminó cuando quedó claro que Myzmadra y sus dos compañeros no sentían ningún interés en ser amigables. Los saqueadores guardaron silencio mientras jugueteaban con las armas y el equipamiento. Todos eran enormes, poseían músculos injertados e implantes augméticos rudimentarios. También tenían numerosas cicatrices: cráteres irregulares que las balas habían causado, manchas paliduchas por quemaduras de ácido, y surcos a causa de las cuchilladas. La mayoría vestían la armadura de la que disponían directamente sobre la piel desnuda, como retando a todo aquel que se enfrentase a ellos a que le dibujase una nueva cicatriz. Olían a aceite para armas, licor de poza y codicia.

Myzmadra comprobó el triangulador de su muñeca y frunció el ceño. Los engranajes giraban y las burbujas de mercurio se desplazaban tras la carcasa de cristal.

—¿Qué es esa cosa? —gruñó el saqueador que estaba sentado frente a ella. Myzmadra levantó la mirada. Era muy corpulento. El resto de la banda lo llamaba Grol. Tenía un martillo perforador en lugar de brazo derecho, y un par de garfios mecánicos adheridos a la columna. Su cara era de un tono rojo cromado por encima de los dientes, y tenía ranuras por ojos. Ella volvió a mirar el triangulador sin responder.

—Es un triangulador. —Myzmadra volvió a levantar la mirada para ver quién había hablado. El jefe de aquellos carroñeros, que antes había dicho que se llamaba Nis, le devolvió una sonrisa burlona. Percibió el centelleo del recubrimiento plateado de sus dientes de ceramita. Sus ojos eran conos de lentes focales y las manos, como arañas de latón. Ensanchó la mueca—. Un aparatito de arcotecnología muy ingenioso. Te permite localizar cualquier lugar, aunque la cobertura sea mala en esta zona y las tormentas de comunicación resulten aún peores. Vale su peso en...

Dejó que la última palabra colgase de la comisura de su mueca burlona.

Ella le sostuvo la mirada. El resto de su cuerpo permaneció completamente inmóvil, con los dedos de la mano derecha colocados sobre el triangulador. Dentro del mono que llevaba puesto, tensó varias zonas musculares y dejó que su aliento se asentase en el fondo de los pulmones. Estaba serena, a un solo reflejo de ponerse en movimiento, mientras que fuera de su piel nada se había movido.

Le sostuvo la mirada a Nis. Él levantó sus manos de hojalata.

—Es coña —dijo al mismo tiempo que su mueca se volvía a ensanchar—. Al fin y al cabo, si pagas a los de nuestra calaña para salir aquí fuera y cavar, tendrás algo que valga la pena encontrar, y un modo de encontrarlo, ¿verdad que sí?

Ella asintió, y volvió a mirar las ruedas dentadas y el mercurio.

Unos números empezaron a aparecer por el borde del triangulador.

—Estamos cerca —indicó Ashul en voz baja tras ella. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba despierto. Había juntado las manos sobre el pecho y se había quedado dormido nada más abandonar el campamento. Desde entonces no había movido ni un músculo—. Y justo a tiempo —añadió mientras se colocaba su reinhalador.

Ella cogió una máscara del estante que había a sus espaldas, y le dio un codazo a la figura que tenía al lado.

—Estoy completamente despierto —dijo Incarnus—. Que pienses que me encuentro en otro estado bajo estas circunstancias es forzar la imaginación hasta los límites de su tolerancia. —Recorrió su cuero

cabelludo con los dedos, y Myzmadra observó una fina capa de humedad sobre su piel. Parpadeó. Sus párpados grisáceos se agitaron rápidamente sobre unos ojos carentes de iris, y entonces ella le entregó la máscara.

La banda de carroñeros se había dado cuenta de que estaban preparándose, así que comenzaron a coger armas y a colocarse las mascarillas respiratorias en las bocas. Al menos, aquellos que la tenían.

Myzmandra se puso su propia máscara y activó el velo tintado de la capa exterior de su visor. Junto a ella, Incarnus hizo un gesto para señalar el triangulador.

—Justo a tiempo —dijo.

### *Bastión de Bhab* *Palacio Imperial, Terra*

Archamus despertó y se levantó de la dura roca que era su cama con un solo movimiento.

—Informe de amenaza... —La orden brotó de la garganta y murió en la lengua. Sus corazones parecían martillos bajo las costillas.

La gélida penumbra de su aposento le respondió con el silencio.

Miró a su alrededor. El cielo nocturno le devolvió la mirada a través de una rendija de ataque que se encontraba sobre él, en la pared. Aparte de eso, la única luz que había allí provenía de la vela que descansaba en un nicho sobre la cama. Las horas y los minutos estaban marcados con líneas y números sobre el sebo. Faltaba una hora para que la llama llegase a la línea que indicaba la medianoche. Había dormido unos treinta minutos, el tiempo suficiente para que comenzasen los sueños, pero no lo bastante para poder recordarlos.

El bólter pesaba entre sus manos, pues lo había desenfundado y cargado mientras se despertaba. Poco a poco intentó relajar los músculos. Sentía cómo la sangre le burbujeaba. Sintió una sensación estática tras los ojos mientras su mente intentaba alcanzar sus nervios. Los elementos biónicos de la pierna derecha chasquearon y silbaron cuando cambió de posición.

Treinta minutos. Media hora en la que el mundo había seguido girando, y sus ojos habían permanecido cerrados. Se esforzó por percibir el sonido de pisadas apresuradas, de sirenas.

Nada.

Solo oía las pulsaciones de la sangre en sus corazones y el crujido lejano del polvo chocando contra los escudos de vacío por encima de los muros del baluarte. El colgador mecánico que sostenía las piezas de su armadura reposaba en silencio en el espacio que se extendía frente a la puerta. Las luces que indicaban su estado brillaron con un color verde. Sus servidores armados aguardaban en los extremos de la habitación.

Lanzó un suspiro y bajó la pistola. Un cansancio lastimero volvió a aferrarse a sus músculos.

Treinta minutos. Hacía meses que no conseguía dormir tanto, una necesidad que parecía más bien un privilegio. El nodo catalepsiano en la base de su cerebro le permitía aplazar la necesidad de dormir, pero no podía huir de la fatiga eternamente. Así pues, se dejó llevar por el sueño e intentó no considerar aquello una debilidad.

Dio un paso hacia la jofaina de granito que había sobre un estante frente a la cama. Los servos de su brazo biónico chasquearon cuando dejaron el bólder en su sitio. Un sople de viento frío recorrió su piel. La noche arrebató el poco calor que quedaba en el ambiente a tan alta altitud, y la rendija de ataque no poseía cristal alguno para detener su avance. Se había formado una capa de hielo sobre el agua que contenía la jofaina. La atravesó con la mano derecha de un golpe y se llevó el líquido elemento a la cara. Aquel intenso frío lo tranquilizó. El agua de la jofaina se asentó, las ondas se calmaron y los pedazos de hielo golpearon el borde del recipiente.

Por un instante se encontró a sí mismo observando los fragmentos de su rostro reflejados en el agua. El tiempo y el trabajo habían dejado numerosas marcas en él, tanto por fuera como por dentro.

«Viejo y agotado», pensó, y sus ojos delinearón la maraña de arrugas y cicatrices que cubrían sus mejillas. Durante cuatro décadas, su barba había tenido el tono grisáceo de la pizarra, pero ahora los extremos poseían algunas pinceladas de tiza. Miró los tres clavos unidos en la parte izquierda de la frente. Todos eran negros, tan oscuros como el vacío, y cada uno de ellos constituía medio siglo de enfrentamientos en una época cruel.

Volvió a coger un poco más de agua con la mano, y el reflejo desapareció entre las nuevas ondas que se formaron. Se incorporó.

—Armadura —pronunció.

Los tres servidores se apartaron de los extremos de la habitación. Todos avanzaban encorvados, con la espalda doblada bajo los arcos que formaban sus brazos mecánicos. Sus caras estaban cubiertas por unos visores de latón con orificios cruciformes a la altura de los ojos. Unas

túnicas negras cubrían la poca carne que todavía conservaban. Alzaron las primeras piezas de la coraza del armazón, desconectando el suministro de energía y encajando los componentes.

Lo vistieron capa por capa, clavando cada pieza en su lugar, conectando cables y sellando puertos. Cuando terminaron se apartaron, y él permaneció allí, envuelto en un amarillo bruñido que refulgía bajo la luz de la vela. La estrella de Inwit lucía sobre su pecho, forjada con plata y oro, con sus rayos atrapados dentro de un puño azabache. Una capa negra y roja, adornada con piel de león del hielo, colgaba sobre sus hombros. El casco con un solo orificio visual, marca propia de la Cruzada, estaba magnéticamente adherido a su cintura, dejando así su rostro al descubierto. Sintió la punzada habitual en su sistema nervioso cuando las conexiones de sus extremidades biónicas se establecieron por completo.

Cogió sus armas del colgador, adhirió el bólder a una pierna, la pistola bólder a la otra y se abrochó un cuchillo de hoja ancha a la cadera. Por último, alzó *Palabra de juramento* con su mano biónica, y los dedos metálicos chasquearon alrededor del mango de adamantium. La cabeza había sido esculpida con roca negra que él mismo había extraído del mundo muerto de Stroma, y le había ido dando forma durante un año. La esfera del pomo era de plata y hierro negro a partes iguales, con las constelaciones de Inwit grabadas en ella. Era pesada, pero en su mano mecánica apenas notaba su carga. La observó durante un segundo, en el que captó los diminutos cristales que refulgían bajo la superficie de la piedra. Irrrompible, y casi imposible de tallar: una roca que desafiaba al universo con su mera presencia. Asintió y pasó la mano por la cabeza de la maza hasta llegar a la parte superior, tras lo cual la fijó a su armadura con un chasquido de fuerza magnética.

Salió de la alcoba y se adentró en la penumbra del pasillo que se extendía fuera. Una ráfaga de aire sopló junto a él y la luz de las antorchas que ardían en los soportes de la pared se agitó. Empezó a caminar. El conjunto de indicadores que llevaba en el cuello de la armadura comenzó a sonar, y las transmisiones del sistema de comunicación inundaron sus oídos. Podía oír todas y cada una de las señales militares dentro de una esfera espacial en un radio de diez kilómetros, hasta alcanzar los límites de la atmósfera de Terra. Su mente filtró la información, elaborando patrones de fuerza y debilidad. El pelotón de Huscarls que había asignado para proteger al primarca se encontraba donde debía estar. El segundo y el tercer cordón de seguridad se extendían por todo el bastión. Aparte de eso, cuarenta y seis unidades de legionarios se movían por todo el

Palacio en patrones aleatorizados con sumo cuidado. Los otros cuadros no le habían notificado nada que le hiciese vacilar. Todo marchaba como necesitaba que marchase.

Recorrió con la mirada las piedras de los pasillos y del hueco de las escaleras mientras ascendía hacia la cámara de mando. Se trataba de una construcción antiestética, tanto en su diseño como en su ejecución. Las marcas del cincel atravesaban la superficie de aquellos muros de granito, y sus almenas mordían el aire como si de unas fauces abiertas se trataran. Para Archamus resultaba una creación tosca e incorregible. Hubo una vez en la que se había preguntado si sus creadores no la habían construido para que permaneciese en el tiempo, sino para que simplemente soportase los embates de alguna época perdida. Y los había soportado. Eso no lo podía negar.

«¿Qué perdurará de todo lo que nosotros hemos llevado a cabo?», se preguntó, y siguió caminando mientras un palacio que aguardaba una guerra le susurraba en los oídos.

### *Puerto estelar Damocles*

#### *Terra*

Innis Nessegas odiaba la noche, pero era lo único que podía ver. Aquellas horas de control se las habían asignado a su padre cuando el viejo (muerto largo tiempo atrás) había ascendido a la posición de tercer prefecto de la esclusa meridional principal de transportes. Había otros dos prefectos que supervisaban el sistema de compuertas, grúas y plataformas de carga: uno de ellos por la mañana, y el otro al atardecer. Ellos, al igual que Nessegas, habían heredado aquellas posiciones, y también su horario de control. A veces se preguntaba si alguno de los otros dos envidiaba que él se ocupase del turno de noche, pero la mayor parte del tiempo estaba convencido de que se compadecían de él.

Visto de lejos, el puerto era una montaña caótica de metal. Las plataformas de aterrizaje sobresalían por los costados, y algunas eran lo bastante grandes para poder recibir una macronave de desembarco. Los transbordadores iban y venían sin cesar, zumbando como abejas alrededor de una colmena. Nessegas nunca los veía. Su mundo se encontraba muy por debajo de las plataformas de aterrizaje y las hileras de cámaras de almacenaje. Aun así, en la base de Damocles los patrones de actividad

eran los mismos. Los enormes transportes y las caravanas de remolcadores de carga entraban y salían a todas horas. El tiempo que pasaban en la esclusa meridional principal de transportes pertenecía a Nessegas.

Los vehículos entraban a la esclusa por un conjunto de puertas (de unos cincuenta metros de altura) y accedían a la primera caverna, en la que los capataces descargaban el cargamento. Una vez completado este proceso, los vehículos pasaban a una segunda caverna, y de allí salían de nuevo. Nessegas sabía que aquel sistema se denominaba «esclusa» debido a un antiguo método que permitía que los barcos pasasen de un río de agua a otro. Aunque no estaba convencido de que aquella comparación fuese la adecuada. Jamás había visto un barco, tampoco un río.

Mil quinientos hombres, mujeres y servidores trabajaban tanto para descargar como para meter el cargamento de aquellos vehículos. Cincuenta y un subprefectos, setenta y cuatro subprefectos de división y setecientos supervisores controlaban aquellos cuadros, y todos transmitían la información a Nessegas. Desde su cúpula, suspendida bajo el techo de la primera caverna, él observaba el ir y venir de los vehículos. Los capataces y la tripulación se movían a su alrededor y por encima de ellos como insectos revoloteando en torno a la comida. Los datos, de un tono azulado, titilaban sobre la retina de su ojo izquierdo, procedentes del proyector que tenía montado en la mejilla. Se le crispó el rostro. El proyector nunca había funcionado correctamente y emitía descargas regulares a través de los nervios de la cara. Pero lo que en realidad no le gustó fue lo que aquellos datos indicaban.

Alargó la mano y presionó un botón del panel de control de latón que tenía enfrente. Un ruido estático crepitó en sus oídos.

—Cohorte treinta y tres, lleváis cinco minutos y treinta y tres segundos de retraso respecto al horario previsto —informó.

—*Mis disculpas, respetable prefecto* —respondió un supervisor—. *Son los equipos de inspección. Quieren revisar toda esta carga de arriba abajo y no pueden ir más rápido.*

—Ese no es mi problema, pero se está convirtiendo cada vez más en el tuyo. El margen de pérdida en esa fragata se descontará de la cuota de beneficio de la cohorte, y continuará bajando hasta que desaparezca la obstrucción.

Otro crujido de ruido estático. Nessegas casi podía oír los improperios que ocultaba.

—*Como ordenes, respetable prefecto.*

Cortó la línea de comunicación y echó un vistazo a la otra figura que había en la cúpula. Ella también había oído las palabras del supervisor, pero, aunque le importasen lo más mínimo, permaneció callada. Su rostro era tan insulso y contenido como siempre. Vestía el uniforme rojo y negro de la milicia del puerto de Damocles, y las espadas plateadas que llevaba prendidas del cuello indicaban que era una ojuk-agma de primera clase. Había dicho que se llamaba Sucreen. Nessegas no la había visto nunca, pero eso no era algo inusual; los protocolos de seguridad establecidos por voluntad del pretoriano de Terra indicaban que siempre debía haber un oficial de la milicia con él en la sala de control de la esclusa, y doscientos milicianos se encontraban presentes en las cavernas de abajo en todo momento. Nunca se trataba de la misma unidad, y el oficial que lo vigilaba solo había sido el mismo unas diez veces en los seis años que dichos protocolos habían estado en vigor. La milicia controlaba, comprobaba y registraba los cargamentos al azar, y era mucho peor cuando los acompañaba alguien de los Imperial Fists. En esos momentos desaparecía toda libertad, junto con cualquier esperanza de poder alcanzar sus cuotas. Aunque Nessegas no protestó ni una vez. Al menos, no cuando uno de los hijos de Dorn se encontraba presente.

Echó un vistazo abajo, donde una caravana estaba siendo desmantelada bajo las miradas y las armas de una decena de milicianos. Tras ella, una grúa de oruga articulada en cinco partes atravesaba las puertas. Reconoció el emblema del cartel Hysen, y lo maldijo entre dientes. Una sola sección de aquella grúa podía soportar hasta mil toneladas de peso. Las probabilidades de despachar la nave de la esclusa dentro del tiempo contratado por el cartel Hysen parecían remotas. Para Nessegas, el flujo volumétrico del tráfico nocturno ya era el objeto principal de su profunda vergüenza personal. Si seguía empeorando, se convertiría en una cuestión digna de censura.

—¿Vais a seguir inspeccionándolo todo con ese grado de exhaustividad a partir de ahora? —dijo mientras se dirigía a Sucreen.

Ella lo miró a los ojos pero no dijo nada.

Nessegas reprimió el apremiante deseo de gritar. Estaba pensando qué podía decir cuando Sucreen frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, que miraba por encima del hombro de Nessegas. Él volvió a mirar el panel de control, donde una luz ambarina parpadeaba entre los diversos puntos verdes. Nessegas se inclinó sobre ella y se permitió soltar otro improprio.

—Un fallo en la ventilación —contestó—. Es la tercera vez que pasa en la última sección.

Introdujo una petición con la consola, y las teclas chasquearon sobre sus soportes mientras las pulsaba. Era inútil; los sacerdotes rojos no responderían a sus demandas, y si lo hacían probablemente tardarían en llegar varias horas.

—¿Es grave? —inquirió Sucreen.

—Todavía podremos respirar —comentó él, pero entonces añadió algo para sí—. Aunque si terminas ahogándote, tampoco me quejaría.

—¿Cómo?

—Nada —declaró—. Solo es una fuga, nada más.

Sucreen inclinó la cabeza. Al nacer y crecer en un puerto estelar, estaba acostumbrada a las fugas de ese tipo. Era un factor de vida más, del mismo modo que lo eran el sabor del agua y el hedor a aceite de motor. A veces se abría de par en par un conducto de ventilación que conectaba dos secciones del puerto estelar. El aire entraba y salía de las zonas profundas, arrastrado hacia el resto de la estructura del puerto. En una zona tan profunda (como la de la esclusa meridional principal de transportes) eso significaba que la temperatura descendería hasta niveles negativos. Molesto, pero nada de lo que preocuparse.

Abajo, en la caverna que había bajo la cúpula, el tractor oruga del cartel Hysen se detuvo. Tras él, las puertas exteriores comenzaron a cerrarse.

### *Los bajos fondos* *Terra*

La oscuridad en los cimientos del mundo era como ninguna otra. Presionaba los ojos y devoraba toda luz que intentase desterrarla. Prolongaba el silencio y convertía en gran estruendo hasta el más sutil de los sonidos. Poseía alma, y esa alma era cruel. De eso estaba seguro el joven.

Esperó agazapado en el borde de la grieta. Era mejor esperar. Eso lo había aprendido en seguida. Los demás no. Ahora formaban parte de la oscuridad. Solo quedaba él.

¿Cuánto tiempo había pasado? Allí abajo no existían los días, así que tal vez no existiese el tiempo. También lo devoró la oscuridad. ¿Qué edad tenía ahora? Eso tampoco lo sabía. No había duda de que su padre lo había llamado joven, y su padre había sido la última persona con la que

había hablado, pero desconocía cuánto tiempo hacía de aquello. Su padre no había llegado a conocer la oscuridad. Se lo llevó poco después de huir a los cimientos del mundo.

Soltó un leve suspiro, muy poco a poco, con la suavidad suficiente para no molestar a la penumbra, y se deslizó por la grieta. Tardaría un buen rato en llegar al fondo. Daba igual las veces que había logrado regresar, aquel último descenso no era más fácil en absoluto. Solo había un modo de llegar al lugar al que se dirigía: bajar por un escarpado precipicio sin luz ni escalera alguna que guiase su camino.

Por encima de él había acumulada una negrura infinita, días y días de oscuridad durante toda la travesía hasta alcanzar la luz y el cielo. En aquel reino había tocado y visto cosas extrañas: puentes de hierro que atravesaban desfiladeros sin caminos que condujesen a un lado o a otro; serpientes refulgentes nadando en lagos de agua que descendían cada vez más y más, pasando junto a ventanas y puertas hundidas. Pero nada comparable con lo que le esperaba en el fondo de aquel descenso. Incluso le había puesto un nombre. Llamaba a aquel lugar la «Revelación».

Aquellas profundidades guardaban los restos de las civilizaciones que habían fracasado antes de que Él hubiese llegado para salvar a la humanidad de sí misma. Los bajos fondos eran la zona fronteriza entre lo divino y lo mundano. Esa era la razón por la que habían huido hasta allí, porque en la oscuridad estaban a salvo, y cerca de su dios. Y la Revelación era una puerta que conducía al reino sagrado. Era el sueño que los había mantenido con vida mientras huían de los iconoclastas: si se adentraban en la oscuridad terminarían encontrando la luz.

Luz.

Había una luz debajo de él, en el fondo de la grieta.

Parpadeó. La luz era tenue, pero ante sus ojos constituía un grito en una habitación en silencio. Era verde y difusa, como si solo pudiese ver su contorno.

Esperó, e intentó controlar la respiración y los latidos apresurados de su corazón.

Antes no había ninguna luz, pero eso significaba que algo más había descubierto su secreto. Sabía que eso acabaría ocurriendo. En cuanto hizo suya la Revelación, perderla se había convertido en algo inevitable.

Pensó en trepar de nuevo por la grieta, adentrarse en la oscuridad y no volver allí nunca más. Consideró aquella posibilidad mientras la sangre palpitaba en sus oídos y aquel resplandor que había bajo él le inundaba los ojos.

La luz desapareció.

Esperó.

No regresó.

Puede que no hubiese estado allí en realidad. Tal vez estuviese tan aterrado de perder la Revelación que había sido producto de su imaginación. Podría haberse tratado de un fantasma.

Poco a poco, dedo a dedo, centímetro a centímetro, comenzó a descender de nuevo. Se detuvo cuando alcanzó el fondo de la grieta. Un abismo esperaba bajo él, al igual que la primera vez, y como todas las veces que lo había hecho.

Saltó.

Una ráfaga de aire, el grito silencioso de pánico mientras caía...

Y entonces chocó contra la piedra lisa al aterrizar y rodar. Se puso en pie mientras miraba a su alrededor. No había ninguna luz, ni lo aguardaba ninguna bestia.

Sí, debieron de ser imaginaciones suyas y no una luz real. Se irguió y avanzó lentamente, sintiendo las vetas del suelo de piedra con los pies. Cuando llegó al muro, sus manos hallaron el lugar en el que faltaba el bloque rocoso, además del pomo que había en el hueco. Un tirón, un chirrido suave, y luego la luz. En esta ocasión no era un fantasma en la negrura, sino una fina línea de color naranja.

Se arrodilló. Sus dedos temblaban mientras tiraba para agrandar aquel agujero.

Examinó el lugar.

Varios fragmentos de luz cayeron sobre él, y tuvo que cerrar los ojos. El sonido de agua goteando invadió sus oídos, y el olor a óxido y humedad abrumó su olfato. Esperó a que la ceguera y el escozor desaparecieran, y entonces abrió los ojos y contempló el reino de su dios.

Una maraña de escombros cubría el suelo de piedra al otro lado de la puerta. El moho tapaba cada centímetro de la superficie, en algunas zonas era verde y, en otras, blancuzco. Varios charcos de líquido reflejaban la luz que descendía por un hueco que había arriba. Numerosas escaleras y galerías ascendían sobre su cabeza. Todas las que podía vislumbrar se encontraban en un lento proceso de derrumbamiento. Los umbrales conducían a otros agujeros oscuros, pero más arriba había luz, una luz amarilla y dorada.

—El Dios Emperador vigila—susurró. Sus ojos lagrimearon mientras contemplaba la luz de la Revelación.

Aquello era lo que su padre habría querido tener cerca, pero que nunca logró ver. Aquello era lo que lo mantenía con vida en la oscuridad.

Allí arriba, en algún lugar sobre su cabeza, estaba el corazón del Palacio Imperial. Allí arriba, más allá de aquella luz, las manos elegidas del Emperador vivían, al igual que su voluntad.

—El Dios Emperador vigila —repitió, y las lágrimas descendieron por sus mejillas.

La primera vez que descubrió aquella puerta pensó que fue puro azar, pero era obvio que no lo era. ¿Cómo iba a serlo? Una puerta entre las sombras que conduce a la fortaleza de un dios viviente: ¿cómo iba a existir tal cosa por casualidad? No, aquello no había sido el azar. Había sido una bendición, un regalo para aquellos fieles que lograsen llegar tan lejos. Él no lo había encontrado. Aquello le había sido otorgado. Nunca estaba solo. Nunca sentía miedo. Había sido bendecido, pues era capaz de ver la luz sagrada.

A sus labios acudió el resto de la plegaria que su padre le había enseñado.

—El Dios Emperador lo ve todo —dijo—. Su mano reposa sobre todos nosotros. El Emperador protege.

Se detuvo, y el resto de las palabras se quedaron colgando de su lengua. Sintió un hormigueo en la piel de los brazos. Miró tras él, hacia el filo de luz que iluminaba la puerta abierta. La oscuridad le devolvió la mirada, opaca e inmóvil. Volvió la cabeza. El recuerdo de la luz que creyó haber visto antes brotó en su mente. Pero no había sido real. Había sido fruto de su miedo, y no necesitaba...

Unas manos surgieron de entre las sombras y le rompieron el cuello con un solo movimiento.

*Cámara de almacenamiento 62/006-895*  
*Palacio Imperial, Terra*

El guerrero sin nombre cobró vida y empezó a ahogarse.

Un líquido denso lo rodeaba por completo, inundando sus pulmones, envolviendo sus extremidades y estrangulándolo al mismo tiempo que sus corazones volvían a latir. Era incapaz de ver. No podía moverse. Su cuerpo estaba doblado, con las piernas apretadas contra el pecho y los brazos por encima de la cabeza. No podía hacer nada. Entonces notó con sus manos algo pesado.

Su mente se vio invadida por preguntas y necesidades.

«¿Quién soy?».

Necesitaba moverse.

«¿Dónde estoy?».

Necesitaba respirar.

«¿Qué sucede?».

Aquellas preguntas gritaban una y otra vez sin recibir respuesta alguna. No lo sabía. No sabía nada.

Necesitaba...

... detenerse.

La serenidad anegó su cuerpo, y extinguió cualquier otro pensamiento o instinto que albergase. Dejó que la calma lo invadiese durante un instante, y luego permitió que sus pensamientos volviesen a ponerse en marcha de uno en uno.

No recordaba nada: ni cómo había llegado a donde estaba, ni por qué estaba allí, ni tampoco su nombre.

Pero sabía que debía quedarse quieto y mantener la calma. La verdad que necesitaba conocer terminaría por aparecer.

Esperó, con sus corazones latiendo tan lentamente que parecían no estar latiendo en absoluto.

La razón fue llegando por partes, que parecían los restos de un barco hundido que flotaban sobre la superficie de un mar.

Había estado muerto. Había estado acurrucado en la oscuridad, sin respirar, sin una gota de sangre en circulación, y sin que una sola pulsación nerviosa moviese su cuerpo. Había permanecido así durante mucho tiempo, y ahora había despertado. Existía un motivo para aquello, y también para la inconsciencia en la que había estado durmiendo. Percibía cómo las respuestas se acercaban cada vez más a él. Pero en primer lugar llegó otra información.

Se hallaba en un tanque metálico. Los laterales eran herméticos y estaban hechos de platiacero. En los puntos más delgados, las paredes tenían un grosor de 7,67 centímetros. El líquido que ocupaba aquel tanque eran los residuos licuados del procesamiento biológico de las industrias de nutrición de la ciudad orbital de Somon Prime. Aquel tanque era uno de los cientos de centenares que ocupaban una cámara de almacenamiento bajo el Palacio Imperial de Terra. Puede que el Palacio estuviese bajo la supervisión de la Guardia Custodia, y la dirección de Rogal Dorn, pero los millones de personas que vivían dentro de sus muros todavía necesitaban comer en estado de asedio. Las existencias que almacenaba el Palacio se habían multiplicado por diez como parte de los preparativos. Así fue cómo logró entrar.

Acurrucado dentro del tanque (flotando en una sopa de carne y materia biológica procesada) había logrado traspasar la cadena de transporte de los puertos orbitales de Terra, además de los múltiples niveles de seguridad del Palacio. Al pasar los campos del lector biométrico por encima del tanque, en ninguna ocasión se logró detectar algo que no fuese materia muerta. Ni pulso, ni campo bioeléctrico, ni asomo de vida. Una vez dentro del Palacio, almacenaron aquel tanque. Él había permanecido en aquella tumba temporal y el tiempo había transcurrido, un tiempo que ahora había finalizado.

Flexionó los dedos lentamente. Rozó con las puntas el mecanismo que había soldado en el interior del tanque. No disponía de espacio para darse la vuelta o para mover los brazos, pero tampoco le hacía falta; aquel mecanismo estaba justo al alcance de sus dedos.

Ejerció un poco de presión, y entonces un ruido metálico grave resonó a través del líquido que lo envolvía.

Se quedó quieto. Ese era un momento muy peligroso, en el que se encontraba en la posición más vulnerable. Con sumo cuidado, empujó hacia arriba con sus piernas. Se topó con la tapa del tanque, y notó cómo esta se desplazaba. Volvió a quedarse inmóvil. Reequilibró los músculos. Empujó de nuevo y la tapa se levantó. Mientras lo hacía, se dio la vuelta y sustituyó la presión de las piernas por la de los brazos.

Todavía seguían surgiendo pedazos de información de entre la niebla de sus recuerdos. Las imágenes de varios planos proyectados holóticamente aparecieron de repente en su mente con una nitidez radiante y cristalina.

Echó la tapa a un lado, y su cabeza atravesó la superficie de aquel líquido. Abrió los ojos de par en par. Una cámara inmensa se extendía ante él. Numerosas columnas se elevaban desde el suelo para terminar encontrándose con un techo abovedado. Entre ellas había cubos apilados piramidalmente y, en el suelo, varios números pintados. No había ninguna fuente de luz, pero sus ojos reunieron los retazos que se encontraban por allí esparcidos y le permitieron ver. Nada se movió. Transcurrió una gran cantidad de tiempo.

Finalmente levantó su cuerpo por encima de la superficie.

Seguía sin moverse nada.

Vomitó aquel fluido que había anegado sus pulmones, y luego tomó el primer aliento de su nueva vida. La sopa biológica del tanque tenía un olor nauseabundo, una mezcla de hedores orgánicos y químicos que lo acompañaría durante horas.

Miró a su alrededor, analizando los ángulos y los números del suelo, saboreando la temperatura en el ambiente. De repente supo que tenía que moverse. Había una puerta de acceso a unos tres kilómetros de distancia. Conocía la configuración del código de la cerradura. Una vez la traspasase, encontraría una escalera que lo conduciría al primer nivel, y luego un desvío a través de un conducto de ventilación. Tendría que abrirse paso a través de tres rejillas, pero mientras no contasen con alarmas altamente sofisticadas no tenía por qué cambiar de ruta. Había muchos otros caminos, por supuesto: cuarenta y tres, de hecho; todos trazados utilizando diversas fuentes y tan claros en su mente como si los hubiese recorrido con anterioridad. Disponía de treinta y tres minutos y cuatro segundos para llegar al primer punto de avance.

Se volvió de nuevo hacia el tanque y palpó los laterales metálicos hasta encontrar dos objetos que sabía que estarían allí. Se desprendieron de las paredes del tanque con un tirón. Las hojas eran de un color negro plateado, de doble filo, desprovistas de empuñadura y guarda, como si fuesen los fragmentos de una espada quebrada. Con un movimiento rápido se zafó del limo que las cubría. Reconoció su peso equilibrado al instante. Un arma más compleja podría haber sido detectada en un escaneo de auspex exhaustivo, pero unas cuchillas adheridas al interior del tanque se volvían invisibles ante ese tipo de métodos.

Volvió a colocar la tapa del tanque, bajó de él y empezó a correr. No emitió sonido alguno, y se movió sin alterar aquella penumbra.

En su mente, los segundos fueron pasando uno a uno.

Cuando llegó a la puerta y salió de la cámara, la respuesta a la primera pregunta que se había hecho afloró en él, y la memoria le otorgó un nombre.

«Silonius», pensó. «Yo soy Silonius».